



Problemática General

EN TORNO A LA PROYECCION HISTORICA DE LAS CIENCIAS SOBRE EL ESPACIO

Luis Morell Ocaña

1 - Introducción

A lo largo del trozo de historia de que formamos parte, es un dato conocido que en cada época varía la particular relación que se entabla entre estos dos elementos, organización y territorio⁽¹⁾; relación cuyo contenido pueda determinarse si se atiende, primariamente, a algunas variables esenciales: las creencias que sobre el espacio existan en la sociedad, la finalidad que en cada momento histórico persigue el poder político..., etc.

Centrándonos en el primero de estos dos factores, es evidente que en el quehacer humano tiene siempre una trascendencia decisiva, no sólo el paisaje en que este quehacer discurre, sino también la propia comprensión del marco existencial. En otras palabras, el hombre se sitúa siempre en una determinada relación vital con el contorno, y esa relación tiene su centro de gravedad, precisamente, en el significado que el propio hombre otorga al espacio. Significado, además, que varía a lo largo de la historia humana. Como ha escrito MUMFORD, "no existen dos culturas que vivan conceptualmente en un tiempo y un espacio de idéntica naturaleza. El espacio y el tiempo, lo

mismo que el idioma, son obras de arte, y lo mismo que el idioma ayuda a condicionar la acción práctica"⁽²⁾.

Y es, precisamente, el significado conceptual que el hombre atribuye al espacio, lo que da un sentido preciso a las instituciones en cuyo interior discurre la existencia humana. Más aún, alguien ha demostrado, incluso, cómo los grandes sesgos de la historia de la cultura son contemporáneos de las profundas "revoluciones espaciales" que se han venido produciendo⁽³⁾.

2 - Rasgos de la concepción espacial del medioevo: el espacio como "vacío" y la simbolización de los espacios

De aquí la importancia de volver la mirada hacia atrás, y contemplar brevemente aquel momento histórico en que germinan las ideas que hoy gobiernan el mundo: aquel en que se hunde la Edad Media europea para dar paso al llamado mundo "moderno"⁽⁴⁾.

Por de pronto, hay dos rasgos muy significativos de la concepción medieval del espacio. En

primer lugar, la tendencia a identificarlo como vacío; en la cultura medieval aparece, en efecto, con frecuencia un *horror vacui* hacia "lo" que no está ocupado por ninguna cosa⁽¹⁵⁾. A reforzar esta vivencia vendrán, con la recepción de ARISTOTELES, los postulados básicos de la Física aristotélica, con su aspiración a definir las cosas por sus cualidades intrínsecas, dejando desprovistos de significado los espacios intersticiales. La sensación del vacío está, pues, dentro del propio mundo circundante: las cosas están rodeadas de vacío⁽¹⁶⁾.

El segundo rasgo, complementario del anterior, estriba en el constante simbolizar espacios determinados, derivado del profundo sentido religioso del hombre medieval⁽¹⁷⁾. Como ha escrito M. ELIADE, para el hombre religioso el espacio no es un todo homogéneo, sino que presenta roturas, escisiones; "hay porciones de espacio cualitativamente diferentes de las otras"⁽¹⁸⁾. Y hay, sobre todo, un punto fijo o central por donde irrumpe lo sagrado confiriendo un sentido y organizando el espacio circundante, haciéndolo cualitativamente distinto de lo que está más allá. De este modo, el punto central crea un cosmos, fuera del cual no existe otra cosa que el caos, lo extraño, lo caótico, lo informe; al otro lado de las fronteras del cosmos está "un territorio desconocido, extranjero, sin ocupar (que)... continúa participando de la modalidad fluida y larvaria del "caos". Al ocuparlo y, sobre todo, al instalarse en él, el hombre lo transforma en cosmos"⁽¹⁹⁾.

Es, precisamente, esta concepción espacial la que ha presidido el siempre intentado y nunca conseguido proyecto medieval de la *renovatio imperii*. Roma es el punto sacral o hierofánico que se erige, nominalmente al menos, en *caput* del todo; sólo la virtud de la *urbs* por excelencia conforma y ordena el espacio político. Este, como unidad, tiende a ser la esfera de irradiación creada por la fuerza estructurante de la idea de Roma. Roma es el centro mítico sobre el que se sustenta el todo espacial: "y así, el poder, el orden y las promesas del Imperio son resultado de una *virtus* adherida a Roma, que posee los *pignora imperii*"⁽²⁰⁾. Es Roma, en definitiva, la única capaz de un cosmos político y sin ella, o más allá de su esfera organizada, no hay otra cosa que el caos. Y, por supuesto, desde una perspectiva más general puede afirmarse que, en la medida en que en esta época pueden distinguirse espacios particularmente organizados, su proceso de constitución se ha verificado en torno a un "centro sacro político"⁽²¹⁾.

3 - La concepción "moderna": el espacio como magnitud matemática, susceptible de dominio y organización

Esta noción espacial va a cambiar de inmediato con el advenimiento de la Edad Moderna. La

nueva imagen del Universo se apoyará sobre unas estructuras conceptuales diferentes de las aristotélicas: GALILEO sustituye los *conceptos-cosa* por los *conceptos-relación*, y "lo" que queda entre las cosas no es ya el vacío sino una magnitud matemática⁽²²⁾. Frente a la concepción del *espacio-agregado*, propio de la Física de ARISTOTELES, aparece ahora el nuevo concepto del *espacio-sistema*; frente al espacio como *substrato*, el espacio como *función*. El primer peldaño de la nueva concepción es la configuración del espacio como un todo homogéneo: desde cualquiera de los puntos que lo componen debe ser, en principio, posible idéntica construcción o configuración de una cosa o un objeto⁽²³⁾. En adelante, el espacio es entendido como algo homogéneo y susceptible tanto de una comprensión racional como de una dominación y organización. Pero, ante todo y sobre todo, el espacio es una *res extensa*, una magnitud matemática.

Estas nuevas calidades con que se configura la noción conceptual del espacio, van a tener una significación inmediata en los diversos ámbitos de la cultura humana. Por ejemplo, la obra de arte renacentista toma como punto de partida la consciencia de un *continuum* espacial; y la aspiración a organizar, además, el ámbito contemplado de modo geométrico, hasta el punto de que la imagen o figura representada lo sea de modo coherente y proporcionado⁽²⁴⁾. Racionalidad, dominio y organización espaciales que se hacen patentes también en el giro evolutivo de la filosofía natural, que pasa a ser una verdadera ciencia de la Naturaleza, y de la Astronomía, tanto en su dimensión propiamente científica como filosófica, en la que tanto práctica como conceptualmente va a llegarse a la noción del espacio infinito⁽²⁵⁾.

También penetra la nueva noción espacial en el mundo de las relaciones sociales organizadas: el espacio, como un todo homogéneo, como magnitud matemática, como *res extensa*, está presente en la organización de la convivencia del hombre con los demás. Así, el espacio político, frente a las concepciones simbólicas anteriores que lo organizan en torno a un centro sacralizado y que es el que *irradia* el orden, es ahora "homogéneo y todos los puntos o elementos que contiene son meras determinaciones de posición, no poseyendo en sí mismos especie alguna de substancia"⁽²⁶⁾; lo que permite al poder distenderse paulatinamente de un modo uniforme sobre todo el territorio dominado. La ciudad es también, para el urbanismo renacentista, "música del entendimiento"⁽²⁷⁾, pura abstracción geométrica: "el valor absoluto reposa en una armónica perfección del esquema geométrico"⁽²⁸⁾.

Esta noción espacial va a perdurar durante mucho tiempo en la cultura europea. Por de pronto, está clara su vigencia a lo largo del siglo pasado y gran parte del actual. Como muestra, la respuesta del urbanismo a la situación planteada

por la revolución industrial, con la brusca alteración del pulso vital y el ritmo de crecimiento de muchas ciudades europeas. Dicha respuesta es muy simple: se da la espalda a los planteamientos estéticos, a la búsqueda del placer visual que —frente a las orientaciones renacentistas— caracteriza a la ciudad barroca, y se responde dentro de los patrones propios de la noción del espacio como una *res extensa*: “Con la civilización y la ciudad barroca desaparece el gran personaje. Llega el tiempo de la cantidad, y, con éste, la crisis del urbanismo. En efecto, la gran época del urbanismo, el siglo XVIII, que asistió al florecimiento de innumerables proyectos y a la realización de grandes obras de urbanismo voluntario, desemboca en un período de decadencia. Ahora bien, el declinar de las creaciones urbanísticas y la crisis doctrinal coinciden con la explosión demográfica y la revolución industrial, que vienen acompañadas de la urbanización y del crecimiento, a veces prodigioso y, en todo caso, insólito, de ciertas metrópolis. El imperio del número ha llegado. No se trata, además, de no importa qué número, sino de los “grandes números”, para hablar como los estadísticos. Cuando se dice que el hombre es superado por el número se quiere decir que los estímulos y los desafíos provocados por la concentración de grandes masas humanas, que crecen con gran rapidez, no encuentran respuesta adecuada por parte de las distintas sociedades... La cantidad no es tan sólo un fenómeno sobresaliente, un fenómeno que pasa a primer plano y que va adquiriendo un carácter tanto más determinante y predominante cuanto más se le escapan de las manos a las fuerzas sociales los resortes de su control. La cantidad, se ha ido, además, convirtiéndose en un valor. Se ha metamorfoseado, paradójicamente, en cualidad”⁽¹⁹⁾.

Respuesta lógica si se tiene en cuenta el carácter puramente lineal que se da a la relación del hombre con el espacio. Para decirlo con una expresión que ha hecho fortuna, era ésta una visión puntiforme del espacio, lo que revela que éste únicamente es concebido como mensurable y que la única expresión válida de lo espacial era la puramente cuantitativa.

3 - Las nuevas dimensiones conceptuales del espacio

a) *La crisis del espacio como “res extensa”*

La crisis de la noción del espacio como *res extensa* es casi de nuestros días, y va a producirse al compás de la emergencia de unos factores en los que ya aparecen, si bien como encapsuladas, las nuevas dimensiones conceptuales del espacio: 1.º) la progresiva complejidad que van adquiriendo las relaciones espaciales, complejidad que va siendo puesta de manifiesto en los distintos ámbitos

de la ciencia y del arte⁽²⁰⁾; 2.º) la profundización en el conocimiento del hombre, que ha hecho evidente la subjetividad siempre aneja a las concepciones espaciales⁽²¹⁾.

Por lo que hace al primero de ellos hay que recordar el rápido crecimiento que en el último siglo y medio van a conocer las ciencias sociales; y será en medio de este progreso cuando se observe lo inservible que les resulta la concepción del espacio como magnitud matemática. He aquí el testimonio de un sociólogo:

“El reflejo de la posición y el cambio del fenómeno socio-cultural sobre la pantalla del espacio geométrico es siempre inadecuado e imperfecto. Muchos de los cambios en la posición socio-cultural de una persona determinada, o de un fenómeno dado, no se proyectan en la pantalla del espacio geométrico”⁽²²⁾.

Pero es que, además, el espacio no se nos aparece ya como algo puramente exterior y “distante” del propio hombre⁽²³⁾; el espacio no es simple objeto frente al ser humano. Ya KANT anunció que pertenecen a la mente, que es la mente quien de modo definitivo construye las categorías conceptuales que enmarcan y dan sentido al caos nouménico de la realidad⁽²⁴⁾. Es, pues, el propio hombre quien crea y da un sentido al propio contorno existencial. Hay, en consecuencia, una noción “antropocéntrica” del espacio, porque el espacio es el ámbito que el ser humano se apropia para proyectar sobre él sus posibilidades existenciales.

Y si se tiene en cuenta la inescapable alteridad del vivir humano, parece imperdonable definir el espacio, cada espacio, sin hacer referencia a las unidades de convivencia que se proyectan y hacen su propia historia sobre el territorio contemplado.

En suma, la unidad espacial no es expresable en términos matemáticos, porque no es susceptible de una medida simplemente numérica. La unidad espacial es ahora, para las ciencias sociales, el contorno existencial del hombre y de los grupos en que vive. Y la unidad de medida es, para toda ciencia social, el sistema de relaciones sociales. El espacio se acota y se divide en unidades espaciales en atención a los distintos sistemas de relaciones sociales existentes.

Lo cual no quiere decir que desaparezcan o pasen a un plano secundario los rasgos objetivos o, incluso, físicos del espacio, porque la relación del individuo o de la colectividad con el espacio físico es inmediata y fundamental: todo individuo y todo grupo alcanza su plasmación sobre un espacio determinado, con el que se compenetra en una proporción suficiente como para considerar, en ocasiones, al territorio como rasgo configurador del grupo y del hombre. Precisamente la interacción entre el espacio y el grupo está en el origen de las coherencias étnicas y culturales que dan lugar a verdaderas subjetividades sociales. La conciencia



de la diferenciación del grupo, frente a los demás, toma como punto de apoyo, tantas y tantas veces, estos rasgos configuradores en cuanto producen un patrimonio propio de valores, creencias y actitudes.

b) *El espacio en la teoría económica*

Quizá no haya, a este respecto, un cambio tan significativo como el operado en la ciencia económica; cambio que se produce en el preciso instante en que ya es definitiva la crisis de los postulados de la escuela clásica⁽²⁵⁾. Como es sabido, los clásicos de la economía centraban su análisis en el mercado y los sujetos que a él concurren; entendiendo por mercado el abstracto encuentro entre productores y consumidores, sin necesidad de superponer este encuentro sobre ningún espacio concreto. Además, tomaban como punto de partida la hipótesis de la movilidad absoluta de los factores de producción; a lo más, concebían el espacio como pura distancia, de suerte que su única influencia sería la de incrementar los costes del transporte.

Ahora bien, el modelo abstracto de la vida económica de la escuela clásica empieza a ser relativizado por la denominada escuela histórica⁽²⁶⁾, que no es más que un eco en el campo de la ciencia económica de ese movimiento general en la historia de la cultura europea que expresa una desazón frente a las abstracciones racionales y busca experiencias más satisfactorias en la historia⁽²⁷⁾. Junto a esta línea crítica, puramente intelectual, la verdadera crisis de los postulados clásicos empieza a ser patente en el momento en que la política económica de los Gobiernos tiene que hacer frente a las disfunciones que se producen en la realidad al aplicar el modelo clásico, así como a las exigencias ideológicas de una mejor distribución de la renta. Al tradicional enfoque microeconómico se superpone ahora el enfoque macroeconómico⁽²⁸⁾. En un primer momento, los políticos encuentran disponibles los modelos de la teoría del equilibrio general, pero poco a poco se va a ir imponiendo la necesidad de considerar el espacio como una variable más en el campo económico⁽²⁹⁾.

Por otra parte, el primer impulso de la macroeconomía había estado orientado hacia la dimensión temporal de la actividad económica: la teoría de las crisis y la del pleno empleo, la preocupación por las fluctuaciones económicas ha llenado toda una primera etapa de la macroeconomía. Bastará considerar un nombre ya clásico en la bibliografía del desarrollo económico, ROSTOW, para recordar cómo el centro de atención está en las diversas etapas por las que un país atraviesa hasta llegar a un nivel razonable de desarrollo económico. Sin embargo, un planteamiento más profundo de la dinámica económica obligaría a tomar como punto

de partida, no sólo la dimensión temporal del desarrollo, sino también su dimensión espacial. La teoría de los desequilibrios, la teoría de las localizaciones con su particular análisis de la polarización económica⁽³⁰⁾, llevaría paulatinamente a descubrir la necesidad de enfocar la actividad económica como un sistema de relaciones entre los sujetos económicos sobre un espacio determinado. A partir de este momento el espacio pasa a ser una variable de gran importancia en la construcción de los modelos de desarrollo económico⁽³¹⁾. Los economistas, con su visión de las unidades económicas como sistemas de relaciones económicas sobre un territorio determinado daría lugar a la emergencia de esa nueva dimensión del espacio, más allá de la puramente superficial: el espacio estructurado⁽³²⁾.

c) *El giro en las concepciones espaciales del urbanismo*

También en el urbanismo se ha producido un giro peculiar, en este punto. Ciertamente, el impacto de la revolución industrial sobre el fenómeno urbano ha podido soterrar, durante algún tiempo, las nuevas experiencias espaciales sobre la capa de la mera cantidad y ha escorado los planteamientos del urbanismo hacia términos casi exclusivos de cuantificación del espacio: la industrialización continuada implicaba de suyo un crecimiento progresivo de la ciudad.

Sin embargo, ha podido comprobarse que la problemática del urbanismo contemporáneo no deriva, sin más, de la estructura progrediente de la industria, sino que está engarzada con un fenómeno mucho más profundo: así, para CASTELLS, "lo esencial es destacar una vez más el papel de la ciudad, papel cambiante, en tanto que expresión espacial de una nueva forma de relaciones sociales"⁽³³⁾. En tal caso, el centro de gravedad no es ya una pura expresión cuantitativa del fenómeno urbano; no es esto sólo lo que cuenta, lo que preocupa, y lo que hay que encauzar; las medidas sobre el "tamaño" se quedan muy cortas, porque lo importante es contemplar la ciudad como la expresión espacial de un sistema de relaciones sociales.

Tan es así que, incluso, se simplifica excesivamente el problema contemporáneo cuando se cifra el crecimiento urbano en función del crecimiento industrial. Y es que nuestras ciudades no derivan su constitución actual del simple hecho de haber quedado sometidas a las consecuencias del crecimiento industrial. En este sentido, y aunque se quede realmente corto, vale aquí la crítica del autor que se acaba de citar: "la industria es la actividad característica del proceso de producción que está en la base de la sociedad de los últimos dos siglos. Sin embargo, el hacer depender unívocamente la ciudad de la industria, sin pasar por la

especificidad de la organización social dependiente del modo de producción, lleva a un determinismo tecnológico inaceptable. Lo que nos interesa de la relación establecida entre industrialización y urbanización es el principio metodológico según el cual es necesario partir de la definición social y técnica de un sistema de producción para entender la génesis de sus formas espaciales, ya sean estas la "ciudad" y otra configuración concreta de la relación entre espacio y sociedad"⁽³⁴⁾. Es decir, para él, la peculiar relación espacial que está latente en la configuración de la ciudad es una variable cuyo sentido nos lo da, en cada época, la organización social de proceso de producción.

Ciertamente, como ha escrito REISSMAN, que "la ciudad es un desafío, no solamente para los profesionales y los planificadores, sino también para los expertos en ciencias sociales. Dada la complejidad de su organización, su tamaño y su variedad, la sociedad urbana todavía necesita ser comprendida"⁽³⁵⁾. Pero basta abrir un poco los ojos para advertir que hay una noción tradicional y una noción nueva de la ciudad; y que la primera de ambas ha prestado su fundamento a la fisonomía del Municipio como expresión organizatoria de la ciudad. En efecto, la imagen más clásica de la ciudad resulta de la simple percepción sensorial, como un *lugar*, como un entorno homogéneo compuesto de un conjunto de edificios, como una simple estructura física. "El paisaje urbano es un fragmento de espacio edificado, un volumen de irregular y poliédrica figura, enhiesto sobre el suelo, diferenciado y segregado del mundo en torno"⁽³⁶⁾. De acuerdo con la concepción espacial dominante, una visión cuantitativa y puntiforme del espacio, la ciudad no aparece sino como la proyección espacial de un conjunto edificado. Los problemas de su gobierno se ciñen al aspecto de reforma interior de ese conjunto de edificios y a la situación planteada como consecuencia de su expansión cuantitativa en tanto que superficie edificada. A lo más que se ha llegado, desde la vieja concepción de la ciudad, es a la implantación del sistema de zonas de influencia de las grandes ciudades, zonas delimitadas atendiendo a la expansión puramente física del entorno edificado.

Como ha escrito MELVIN M. WEBBER, "nuestro énfasis tradicional se ha basado en la ciudad física, concebida como un artefacto, sobre la ordenación espacial de la localización de actividades concebida como un *pattern* de uso del suelo, y sobre el asentamiento urbano concebido como un lugar unitario... es importante que veamos también la ciudad como un sistema, culturalmente condicionado, de interrelaciones dinámicas entre individuos y grupos"⁽³⁷⁾. La concepción obsoleta de la ciudad verifica su delimitación sobre la idea de un entorno físico, un lugar separado territorialmente de otros, en cuyo interior se da vida a una interacción humana como consecuencia de la proximidad física; sin embargo, la evolución tecnológica y la dinámi-

ca social han alterado profundamente este planteamiento. No es necesario ya, en efecto —para que quede constituido el específico tejido social que es la ciudad— esta proximidad porque hay una accesibilidad a la relación social mediante medios técnicos (sistema de comunicaciones) con los que el hombre elimina la distancia. De aquí que, cada vez más, pueda comprobarse una desconexión entre estas relaciones peculiares y el lugar físico en que las mismas toman asiento; una eliminación de las anteriores diferencias radicales entre lo rural y lo urbano, pasando incluso —en ocasiones— a disolver la intensidad de construcción del espacio central en una diseminación de *habitats* suburbanos, según la conocida expresión de la urbanística norteamericana. La ciudad no es, en definitiva, solamente una forma de asentamiento colectivo, sino también un conjunto ensamblado de procesos de interacción humana: "es la interacción, no el lugar, lo que constituye la esencia de la ciudad y de la vida urbana"⁽³⁸⁾.

En síntesis, se ha hecho imposible ya definir a la ciudad en su forma, en su estructura física; y la disolución de la forma va acompañada hoy por un predominio perceptivo de las funciones que cumple. Retornando, en cierto modo, a concepciones espaciales abandonadas por la sociedad europea moderna, es preciso ver en la ciudad el centro, el punto de configuración de un espacio superior a su simple entorno físico; o bien —en el caso de núcleos de inferior potencia configuradora— la pieza de un sistema urbano más amplio. Se trata, en definitiva, de contemplar a la ciudad como el punto focal de un sistema de relaciones sociales distendiéndose sobre un espacio mucho más amplio que su puro contexto físico, o bien como pieza satelitaria influida por otro núcleo de población con una superior fuerza de configuración espacial.

La ciudad es, pues, antes que nada un sistema de relaciones interhumanas, específicamente intenso, que se proyecta sobre un espacio determinado. Es la intensidad de la interacción el rasgo distintivo: "la historia del crecimiento urbano es, en esencia, la historia de la ansiosa búsqueda del hombre por facilitar la interacción humana"⁽³⁹⁾. La ciudad es, pues, la sede genuina de la alteridad humana. Lo que ocurre es que esta alteridad varía históricamente de configuración según el dominio del hombre sobre el espacio; esto es, según el nivel de la evolución tecnológica en materia de medios de comunicación. Cuando estos medios son rudimentarios, la interacción ciudadana sólo se produce en circunstancias de proximidad física inmediata; difícilmente traspasará los límites de la estructura constituida por el conjunto de edificios en que adquiere expresión física la ciudad. La vecindad "clava" a las personas en el lugar, y el lugar resulta perfectamente delimitado frente al entorno rural circundante; y la imposibilidad de superar la distancia en un tiempo de relativa brevedad con-



En torno a la proyección histórica

vierte en verdaderas fronteras los confines del conjunto edificado.

Mas de pronto, la revolución tecnológica⁽⁴⁰⁾, al tiempo que proporcionaba al capitalismo el pleno acceso al sistema de producción industrial, proporcionaría a la ciudad el teléfono, el tranvía eléctrico, el metro, el ascensor, el automóvil... De este modo, la proximidad física, secularmente exigida para la peculiar alteridad ciudadana, se transforma en simple accesibilidad mediante la utilización de los medios de superación rápida de la distancia. La ciudad puede entonces ponerse al frente de una evolución socio-económica cada vez más rápida; se convierte en el núcleo condensador de la actividad cultural y económica, y ella misma se transforma cuantitativa y cualitativamente: "la definición de la ciudad se ha enriquecido con una nueva característica: la de una agrupación de hombres que a la ocupación densa y a la utilización intensiva de un pequeño trozo del suelo añade la de su actividad ordenadora y organizadora de un espacio, mayor o menor, pero siempre más dilatado que el que sirve de soporte a sus edificaciones y sus contornos inmediatos"⁽⁴¹⁾. Se produce, al compás del paulatino desequilibrio agricultura-industria, el declinar definitivo de la sociedad rural, y la ciudad concentra las iniciativas y el peso del progreso económico y del cambio social.

El sistema urbano —el conjunto de núcleos de población de una región o de un Estado— se convierte en la pieza más beligerante de una sociedad profundamente dinámica. La imagen de la ciudad, de cada ciudad, rompe con la percepción conceptual puramente puntiforme y homogénea del espacio; según la importancia de cada una en el seno del sistema, se extiende sobre un territorio más o menos amplio el sistema de relaciones sociales en que medularmente consiste, y configura cultural y económicamente el espacio circundante: "como en el modelo copernicano del sistema solar, se conciben las numerosas pequeñas ciudades, cada una con su *hinterland* propio, como satélites de las ciudades todavía mayores, hasta la ciudad principal, que domina todo el *pattern* de asentamientos. Las ciudades más especializadas sirven a los mayores territorios; las ciudades menos especializadas sirven primordialmente a las áreas agrícolas locales"⁽⁴²⁾.

Con la aceleración del desarrollo económico, la ciudad se hace más y más compleja, constituyendo la estructura de encuadramiento de actividades secundarias y terciarias de la sociedad. Según su envergadura, proporciona, a un radio de acción en cada caso diferente, un elenco de servicios también acorde con su capacidad cultural y económica; y es su envergadura la que define su posición en el conjunto del sistema urbano. En consecuencia, se crean y proyectan sobre el espacio distintos siste-

mas de relaciones sociales; sistemas que, además, se superponen sobre un mismo espacio. En una palabra, la jerarquía de las ciudades implica unos sistemas de relaciones sociales territorialmente superpuestos.

4 - La disponibilidad humana sobre el espacio

Pero, hay más aún. La ciudad es, desde otra perspectiva, un conjunto de *habitats* individuales y familiares, ligados entre sí por razón de proximidad e intereses comunes. En consecuencia, la configuración de la ciudad depende también del modo elegido por el hombre en cada momento histórico, para construir su propio *habitat* en compañía de los demás.

Ciertamente, es difícil caer en la cuenta de la importancia de este último factor, que aboca a una dimensión antropológica del espacio urbano. Ello porque en nuestra historia más reciente, la posibilidad de escoger, brindada al hombre por la evolución tecnológica, ha sido —pese a todas las apariencias— mínima: fundamentalmente, le ha dado la opción campo-ciudad en estrecha dependencia con la necesidad de un empleo y, con él, un medio de subsistencia. Ahora bien, ya se atisba cómo el hombre puede pronto encontrar una libertad de asentamiento y, con ella, modelar su propio *habitat* configurando, por un movimiento colectivo, la propia ciudad.

Advirtamos, en efecto, las posibilidades extraordinarias de movilidad y desplazamiento que la evolución tecnológica está poniendo en manos del hombre contemporáneo: la facilidad de desplazamiento no afecta sólo al hombre y a su dotación elemental para vivir, sino también a la información, la consulta, el control, la decisión. "La consulta a distancia de ficheros electrónicos, de libros y artículos recogidos en bandas magnéticas o microfílm, la recepción por medio del teléfono de informaciones preparadas, de cálculos efectuados en ordenadores, la telecomunicación por satélites, en fin, crean verdaderamente situaciones nuevas, que revolucionan todas las nociones tradicionales del espacio"⁽⁴³⁾.

Por aquí se llega al último matiz del problema, que no puede pasarnos desapercibido: resulta que esta toma de conciencia de la nueva dimensión conceptual del espacio se produce, precisamente, en una época en que el hombre es cada vez más consciente de su disponibilidad sobre el propio espacio. Para el hombre primitivo la Naturaleza es un *factum* que se le sobrepone como algo intangible y le condiciona de modo casi total su modo de existencia. Hace ya siglos, no obstante, que el hombre ha ido cobrando un progresivo dominio sobre la Naturaleza, dominio cuya aceleración

se produce, precisamente, casi en nuestros días: “no hay duda —escribe FREYER en un libro decisivo para la comprensión de los fenómenos espirituales de nuestro tiempo— de que el hombre ha transformado la superficie de nuestro planeta tan vigorosamente como ningún poder lo había hecho, salvo las fuerzas que levantaron las montañas y ahondaron los mares; y nueve décimos de esas transformaciones corresponden a las últimas tres generaciones”⁽⁴⁴⁾.

En este sentido, no parece excesivamente lejano el tiempo en que sea posible esta afirmación de la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa, en un informe reciente: “todo invita a los hombres a dispersarse, todos los progresos técnicos les permiten vivir aisladamente, lejos de sus lugares de trabajo, sin depender de puntos de distribución. Las fábricas pueden escoger su ubicación, los ciudadanos su residencia futura lejos de los sitios tradi-

cionales, escapando a las desventajas de las concentraciones urbanas”⁽⁴⁵⁾.

Ciertamente, no parece aventurado pronosticar que, en un plazo relativamente breve, el hombre domine, en este punto, a las formas de asentamiento que el actual proceso de producción le ofrece, y encuentre la libertad de organizar por sí y para sí la morfología espacial de su *habitat*.

Se comprende, entonces, que la organización del espacio, acorde con los criterios conceptuales ya expuestos, se constituya en uno de los primarios objetivos de la convivencia humana. Y, por tanto, objetivos de la convivencia humana. Y, por tanto, bien, a esta toma de conciencia del problema de la ordenación del territorio no se ha llegado de golpe sino a través de fases progresivas en las que han sido puestos en movimiento los distintos segmentos conceptuales básicos del espacio, según quedó visto ya.

NOTAS

(1) Sobre las relaciones entre organización y territorio, VILLAR PALASI (J. L.): “La técnica de la organización administrativa en la sociedad de planificación”, en *Problemas políticos de la sociedad actual*. Madrid, 1964; SERRANO GUIRADO (E.): *Planificación territorial, política del suelo y Administración local*. Madrid, 1963; del mismo autor: *Planificación territorial y planificaciones sectoriales*; GOTTMANN: *L'aménagement de l'espace*. París, 1952; LAMOUR (P.): *L'aménagement du territoire*. París, 1964; QUERMONE (J.L.): “Planification régionale et réforme administrative”. *Revue Française de Science Politique*, dicbre, 1963; del mismo autor: *Administration traditionnelle et Planification régionale*, París, 1964; DUCLOS (P.): *Planification et fédéralisme*. Genève, 1964; CORDERO TORRES (J.M.): “La redistribución geográfica de la Administración española”, en *Estudios en homenaje a Jordana de Pozas*, vol. II. Madrid, 1962.

(2) *Técnica y civilización*, trad. castellana, Buenos Aires, 1945, pág. 45.

(3) CARL SCHMITT: *Tierra y Mar*, trad. castellana, Madrid, 1952.

(4) Como ha escrito A. VON MARTIN: “en aquel prelude resueñan indicaciones, pasajeras y ahogadas, de todos los temas esenciales cuya ejecución temática y múltiples variaciones había de quedar reservada a otra época posterior, época que ya es la nuestra, de modo que allá encontramos los rasgos decisivos de nuestro propio presente. Y de las líneas simples del cuadro de la moderna cultura burguesa nos hablan de aquellos rasgos de sus primeros tiempos acaso de una manera más elemental, pero por eso más insistente que los rasgos más complicados, y con frecuencia confusos, que expresan el aspecto de la época presente” (*Sociología del Renacimiento*, trad. cast., México, 1946); sobre los rasgos configuradores del mundo “moderno”, es fundamental la obra de TROELTSCH: *El protestantismo y el mundo moderno*, 2.^a ed. castellana, México, 1958,

págs. 13 y ss.; también, FUEYO ALVAREZ: *La génesis espiritual de la modernidad*, incluido en el vol. titulado *La mentalidad moderna*, Madrid, 1967.

(5) El episodio más significativo de esta concepción espacial es, seguramente, el que se refiere al modo de acotar, poniéndole confines míticos, el horizonte geográfico entonces conocido. C. LUMMIS describe del siguiente modo la creencia precolombiana al respecto: “...hacia el Occidente de Europa se extendía el “mar de las tinieblas” más allá de una pequeña zona, nadie sabía lo que era o lo que contenía... las inseguras embarcaciones de entonces no osaban aventurarse sin ver tierra... una de las razones por las cuales no se atrevían a arriesgarse mar afuera, era el temor de llegar inadvertidamente más allá del límite del Océano, y de que el buque y la tripulación cayesen en el vacío” (*Los exploradores españoles en el siglo XVI*, trad. castellana Buenos Aires, 1954, pág. 52, *vid.* también: RUIZ DE LARIOS: *Historia de la navegación*, Barcelona, 1952, págs. 2 y ss.; R. DE CLOZIER: *Las etapas de la Geografía*, 2.^a edición castellana, Barcelona, 1956, págs. 42 y ss.; THOMAZZI: *Las expediciones polares*, Barcelona, 1953, págs. 14 y ss.

(6) En cierto modo, la imagen medieval del vacío semeja algo a lo que un sector determinado de la filosofía contemporánea ha acuñado en el concepto de la *Nada*, como entidad de existencia lógica que se opone a la idea del *Ser* (*vid.* HEIDEGGER: *El Ser y el Tiempo*, trad. castellana, México, 1962 (2.^a ed.); DE WAELEHNENS: *La filosofía de Martin Heidegger*, trad. castellana, Madrid, 1952. Naturalmente, hay que referirse a la primera época del pensamiento heideggeriano, la de su inacabado *Sein und Zeit*. Quizá no deba decirse lo mismo respecto de sus obras posteriores, en las que se aprecia, indudablemente, un giro, aunque sea parcial.

(7) El citado MUMFORD hace constar, a este respecto, que “durante la Edad Media, las relaciones espaciales mostraron cierta tendencia a ser organizadas como símbolos y valores...



En torno a la proyección histórica

Sin una referencia constante a las creencias y símbolos de la Cristiandad, la base lógica del espacio medieval se hubiera derrumbado" (loc cit. pág. 56). Sobre la simbolización de las relaciones espaciales, E. CASSIRER: *Antropología filosófica*, trad. cast., México, 1968 (5.ª ed.); M. ELIADE: *El mito del eterno retorno*, trad. esp., Madrid, 1952; del mismo autor: *Historia de las religiones*. Madrid, 1954; idem: *Lo sagrado y lo profano*. Madrid, 1967; idem: *Mito y realidad*. Madrid, 1968; O. BEIGREDDER: *La simbología*, trad. castellana, Madrid, 1971; MALE (E): *L'art religieux à la fin du Moyen Age en France*. Paris, 1952 (3.ª ed.); CONTINI (C): *Teatro religioso del Medioevo fuori d'Italia dal secolo VII al secolo XV*. Milano, 1949; ALAZARD (J.): *L'art italien des origines à la fin du XIV siècle*. Paris, 1949.

(8) *Lo sagrado y lo profano*, cit. pág. 26.

(9) Idem id., pág. 36.

(10) *Mitos y símbolos políticos*. Madrid, 1964, pág. 112. Un planteamiento general del mito de Roma, en págs. 71-123. Vid. también, R. FOLZ: *L'idée d'Empire en Occident du V au XVI siècle*. Paris, 1953; M. PACAUT: *La théocratie. L'Eglise et le Pouvoir au Moyen Age*. Paris, 1957.

(11) Para una visión general de la aplicación a la política de las concepciones simbólicas del espacio, en la Edad Media, GARCIA PELAYO: *El reino de Dios, arquetipo político*. Madrid, 1959, págs. 65 y ss.

(12) "Frente a la concepción sustancial del universo, surge una concepción nueva, basada en el concepto de *función*" (CASSIRER: *El problema del conocimiento*, 1.ª ed. esp., México, 1953, pág. 368; más precisiones sobre este giro en E. CASSIRER: *Substance and Function and Einstein's Theory of Relativity*. Chicago-Londres, 1923. Sobre GALILEO, es fundamental el libro de A. BANFI: *Vida de Galileo Galilei*, ed. castellana, Madrid, 1967.

(13) E. CASSIRER: *Individuo e cosmo nella filosofia del Rinascimento*, 2.ª edic. italiana, Firenze, 1950, págs. 284-286.

(14) G. RIOSSECO, refiriéndose a la arquitectura de la época, escribe que "indudablemente se advierte sin dificultad una sustancial renovación de la organización estética de los espacios de la cual emergen precisas, recíprocas relaciones geométrico-matemáticas, dictadas por una necesidad de sistematizar el orden figurativo en el ámbito de una representación racional, convencional e idealizada del espacio" (*Spazio. Evoluzione del concetto in architettura*. Roma, 1969, pág. 22); más adelante, añade: "mientras de una parte se niega intelectualmente toda limitación al concepto de espacio y se le organiza geoméricamente en calibradísimos ritmos relacionados, de otra se exaltan físicamente las cualidades plásticas de la materia que este espacio califica arquitectónicamente. El espacio ha llegado a ser una categoría de la mente (también para los artistas), una abstracción pura, que asume un valor real y concreto en cuanto condicionado a la operante actividad del hombre" (pág. 23). En términos más generales, expresa así HAUSER el cambio producido en las distintas manifestaciones del arte: "La Edad Media, que concebía el espacio como algo compuesto y que se podía descomponer en sus elementos integrantes, no sólo colocaba las diversas escenas de un drama una a continuación de otra, sino que permitía a los actores permanecer en escena durante toda la representación escénica, esto es, incluso cuando no participaba en la acción. Pues así como el actor no prestaba atención a aquella decoración delante de la cual no se recitaba, ignoraba también la presencia de los actores que no intervenían precisamente en la escena que se estaba representando. Semejante división de la atención es imposible en el Renacimiento. La forma fundamental del arte gótico es la adición. En la obra gótica, ya se componga de varias partes relativamente independientes o no se pueda descomponer en tales partes, ya se trate de una representación pictórica o escultórica, épica o dramática, el principio predominante es siempre el de la expansión y no el de la concentración, el de la coordinación y no el de la subordinación, la secuencia

abierta y no la forma geométrica cerrada. La obra de arte se convierte así en una especie de camino, con diversas etapas y estaciones, a través del cual conduce al espectador, y muestra una visión panorámica de la realidad, casi una reseña, y no una imagen unilateral, unitaria, dominada por un único punto de vista..." En el Renacimiento, lo esencial es, por el contrario, "el principio de la unidad y la fuerza del efecto total... existe un rasgo de continuidad en todo el conjunto, y la representación, por rico que sea su contenido, parece fundamentalmente simple y homogénea" (ARNOLD HAUSER, *Historia social de la Literatura y el Arte*, trad. csp., Madrid, 1968; tomo I, págs. 353-4); así pues, el arte renacentista, tomando otra concepción del espacio, una concepción racional, repudia el anacronismo y la independencia de cada una de las partes de que la obra de arte se compone. No hay ni simbolismo ni imaginación; según HAUSER, se manifiesta aquí el proceso general de racionalización: "Los principios de unidad, que ahora se hacen decisivos en el arte —la unidad coherente del espacio y de las proporciones, la limitación de la representación a un único motivo principal, y el ordenar la composición en forma abarcable de una sola mirada— corresponden a este racionalismo; expresan la misma aversión por todo lo que escapa al dominio que la economía contemporánea (se está refiriendo a las ciudades italianas de la época, cuyas manifestaciones artísticas estudia, basadas en el método, el cálculo y la conveniencia); son creaciones de un mismo espíritu, que se impone en la organización del trabajo, de la técnica comercial y bancaria, de la contabilidad por partida doble y en los métodos de gobierno, la diplomacia y la estrategia". (ob. cit., págs. 358-9); un excelente análisis de la composición espacial en la pintura renacentista, en BERENSON: *Los pintores italianos del Renacimiento*, trad. cast., Barcelona, 1954, especialmente, págs. 140 y ss.: cfr. ALAZARD (J.): *L'art italien au XV siècle*. Paris, 1951; CHASTEL (A.): *L'art italien, vol. I Du Moyen Age à la Renaissance*. Paris, 1956; del mismo autor: *Art et humanisme à Florence au temps de Laurent le Magnifique*. Paris, 1959; FRANCASTEL (G.): *Histoire de la peinture italienne, vol. I: Du Byzantin à la Renaissance*. Paris, 1959; del mismo autor: *Peinture société*. Lyon, 1954.

(15) J. F. CHARON: *Cosmología*, trad. esp., Madrid, 1969; ARAGO: *Grandes astrónomos anteriores a Newton*, trad. cast., Buenos Aires, 1944. Sobre la concepción del espacio infinito, en G. GRONO, vid. R. MONDOLFO: *Tres filósofos del Renacimiento*. Buenos Aires, 1947.

(16) GARCIA PELAYO: *Mitos y símbolos políticos*, cit. pág. 112.

(17) CHUECA GOITIA: *La época de los Borbones*, en el vol. colectivo titulado *Resumen histórico del Urbanismo en España*, Madrid, 1968, pág. 213.

(18) Idem id.

(19) LEDRUT: *Sociología urbana*, trad. cast., Madrid, 1971.

(20) Este es, en verdad, el gran descubrimiento del cubismo, para el que hay algo que marca la imagen espacial: su constitutiva complejidad. Desde otra perspectiva, E. T. HALL: *Antropología del espacio*, trad. cast., Madrid, 1967.

(21) Tampoco a esto va a ser extraña la pintura: ya el impresionismo había marcado con toda la carga de la subjetividad del artista la figura representada. Para SERULLAZ, el impresionismo es el "triumfo de la sensación sobre la concepción razonada". (*El Impresionismo*, trad. cast., Buenos Aires, 1968, pág. 10). Vid. también T. DORET: *Les peintres impressionnistes*. Paris, 1939 (1.ª ed. 1878); G. BAZIN: *L'Epoque impressionniste*. Paris, 1953; J. LEYMARIE: *Les impressionnistes*. Ginebra, 1955; R. COGNAT: *L'impressionisme*. Paris, 1956. Sobre las correspondencias entre la pintura impresionista y la literatura y la música, cfr. la citada de SERULLAZ.

(22) P. SOROKIN: *Sociedad, Cultura y Personalidad*, trad. cast., 1962, pág. 573, en nota.

- (23) No cabe, en este sentido, olvidar a la Geopolítica, que a fines del siglo pasado y comienzos del presente llegó a decir —exagerando, sin duda, la nota— que el territorio era el cuerpo en que quedaban encerradas esas almas que para ellos eran las colectividades humanas.
- (24) Sobre KANT, CASSIRER (E.): *Antropología filosófica*, 5.ª ed. cast., México, 1968, pág. 81; del mismo autor: *El problema del conocimiento*, tomo II, ed. cast., México, 1956, págs. 635-657 (para la evolución del concepto de espacio, de NEWTON a KANT, págs. 396-474); ibidem. *Kant, vida y doctrina*, 2.ª ed. cast., México, 1968, págs. 115 y ss.
- (25) Sobre la escuela clásica, *vid.* por todos, SCHUMPETER: *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, 2.ª ed. cast., 1967, págs. 79 y ss. Para los comienzos de la disidencia, HASEN: *Guía de Keynes*, 2.ª ed. cast., México, 1962.
- (26) *Vid.* la citada obra de SCHUMPETER, especialmente, págs. 157 y ss.
- (27) Sobre el movimiento hacia lo histórico, MEINECKE: *El historicismo y su génesis*, trad. cast., México, 1946; CASSIRER: *Las Ciencias de la Cultura*, trad. cast., México, 1955 (2.ª ed.); K. LÖWITZ: *El sentido de la historia*, ed. cast., Madrid, 1968; R.G. COLLINGWOOD: *Idea de la historia*, 2.ª ed. cast., México, 1965; MARITAIN: *Filosofía de la historia*, trad. cast., Buenos Aires, 1960; J. A. MARAVALL: *Teoría del saber histórico*, 3.ª ed. Madrid, 1967; FERRATER MORA: *Cuatro visiones de la Historia universal*. Buenos Aires, 1955; K. JASPERS: *Origen y meta de la historia*, 3.ª ed. cast., Madrid, 1965; MAX SCHELER: *La idea del hombre y de la historia*, trad. cast., Buenos Aires, 1967.
- (28) “La necesidad de un análisis espacial se hizo sentir verdaderamente el día en que, al enfoque micro-económico, se superpuso el enfoque macro-económico”. (A. MARCHAL: *Estructuras y sistemas económicos*, trad. cast., Barcelona, 1961, pág. 94.)
- (29) PONSARD: *Economie et space*. París, 1955; del mismo autor: *Historie des théories économiques spatiales*, París 1958; OECE: *Techniques d'analyse pour la planification économique régionale*, 1961; *L'univers économique et social*. Encyclopedie française Larousse, 1960; HORTALA ARAU: *Nota preliminar a la trad. cast. de la obra de W. ISARD, Métodos de Análisis Regional*, Barcelona, 1971; LOSCH: *Teoría económica espacial*, trad. cast., Buenos Aires, 1954; MARTIN MATEO, R.: *La inserción del espacio en la planificación económica*. Bilbao, 1971.
- (30) PERROUX: *Note sur la notion de pôle de croissance. Economie appliquée*, 1955.
- (31) “Hasta hace poco —escriben R.J. CHORLEY y P. HAGETT— uno de los mayores defectos de esta actividad de construcción de modelos era su ausencia de preocupación por los cambios inherentes al desarrollo económico. Sin embargo, desde la Segunda Guerra Mundial, la economía ha acabado por fin de percatarse de la importancia de esta omisión y ha comenzado a equilibrar sus modelos no espaciales con otros que incluyen el espacio como variable. (*La Geografía y los modelos socio-económicos*, trad. cast. Madrid, 1971, pág. 135.)
- (32) Para BARRE, el economista ha de definir el espacio económico “partiendo de los planes establecidos por los sujetos económicos, como el perímetro de acción y de influencia de una actividad económica, como el sistema de relaciones que constituyen la vida de esta unidad” (*Economía Política*, trad. cast., Barcelona, 1958, tomo I, pág. 34).
- (33) *Problemas de Investigación en Sociología urbana*. Madrid, 1971, pág. 86.
- (34) *Idem id.*, pág. 83.
- (35) *El proceso urbano*, trad. cast., Barcelona, 1970, pág. 81. BLACHERE, G.: *Hacia un urbanismo razonado*, trad. esp., Barcelona, 1968; BERGEL, E.: *Sociología urbana*. Buenos Aires, 1955; PERPIÑA, A. y OTROS: *La infraestructura del urbanismo*. Barcelona, 1969; GIST, N. P. y FLEIS FAVA, S.: *Sociedad urbana*, trad. esp., LE CORBUSIER: *Les trois établissements humains*. París, 1945; CASAS TORRES, J. M.: *La ciudad como problema*. Zaragoza, 1968; FISAC, M.: *La molécula urbana. Una propuesta para la ciudad del futuro*. Madrid, 1969; DICKINSON, R. E.: *Ciudad, región y regionalismo*, trad. espa., Barcelona, 1961; CARRO MARTINEZ, A.: “La revolución urbana”, en *Revista de Estudios de la Vida Local*, n.º 163, 1969; CASTELLS, M.: *Problemas de investigación en Sociología urbana*. Madrid, 1971; CLEMENTE, F. y OTROS: *Problemi della città*. Padova, 1967.
- (36) TERAN, M.: “La ciudad como forma de utilización del suelo y de organización del espacio”, *Problemas del urbanismo moderno*. Madrid, 1967, pág. 17.
- (37) En el vol. colectivo titulado *Indagaciones sobre estructura urbana*. Barcelona, 1968, pág. 86.
- (38) WEBBER, M. M., obra citada, pág. 135. En el mismo sentido, entre otros, SMAILES, A. E.: “liberada de la antigua relación con un territorio circundante que le proporcionaba las fuentes de alimentación, la ciudad moderna encuentra su base territorial en la función de centro de servicio” (*Geografía urbana*, trad. italiana, Padova, 1964, págs. 32 y ss.).
- (39) WEBBER, obra citada, págs. 79-80.
- (40) “Mientras los transportes estuvieron limitados principalmente al caballo y el coche o el carro, y a la acción de andar, las ciudades occidentales eran compactas, y las distancias de un punto a otro de las mismas resultaban relativamente cortas. Esta circunstancia de ocupación residencial compacta, lo cual determinaba una elevada densidad de población, sigue siendo característica de las ciudades de países tecnológicamente subdesarrollados, porque los transportes colectivos se efectúan mediante vehículos primitivos, o a pie” (GIST y FLEIS, *La sociedad urbana*, citada, pág. 280).
- (41) TERAN, M.: obra citada, pág. 25.
- (42) WEBBER, loc. cit., pág. 77. Desde la ya clásica formulación de CHRISTALLER, la sociología urbana viene trabajando sobre la hipótesis de la jerarquía de las ciudades (*vid.* BONETTI, E.: *La teoría delle località centrali*. Trieste, 1964). No obstante, la teoría viene siendo objeto de críticas; así, TOSCHI (*La città*. Torino, 1966, pág. 122), que se resiste a aceptar como hecho fatal y definitivo la “subordinación disciplinaria” de unas ciudades a otras. Indudablemente, sin embargo, es ya doctrina común que “los centros de decisión y las iniciativas del cambio social están localizados en las ciudades, y son éstas, y no las sociedades rurales, las que dirigen los destinos del mundo” (RIESSMAN, L.: *El proceso urbano*, cit., pág. 9). *Vid.* para el significado del problema en el contexto de la política francesa de ordenación del territorio, BLOCH-LAINE, F.: “Justification des choix”, en *Urbanisme*, n.º 89, 1965; también, PROST, M. A.: *La hiérarchie des villes en fonction de leurs activités de commerce et de service*. París, 1965.
- (43) CONSEIL DE L'EUROPE; Rapport de l'Assemblée Consultative: *Aménagement du territoire, problème européen*, pág. 17.
- (44) *Teoría de la época actual*, trad. cast., México, 1958, pág. 28.
- (45) CONSEIL DE L'EUROPE; Rapport de l'Assemblée Consultative: *Aménagement du territoire, problème européen*, pág. 24.